

metáforas médicas: la sociedad es un organismo, la violencia es un cáncer y al final se intenta formular una terapéutica.

## IV

En el libro la autora dedica un capítulo aparte a García Márquez y su aproximación a la violencia en obras tempranas como *La mala hora* (1962) y *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) y, con menor detalle, en obras posteriores como *Cien años de soledad* (1967) o *Crónica de una muerte anunciada* (1981). En García Márquez el tema no es primordialmente la violencia explícita ni los hechos atroces concretos sino la presencia permanente de una amenaza tácita. Rueda ilustra esa tesis con la siguiente cita de *La mala hora*: “Usted no sabe lo que es levantarse todas las mañanas con la seguridad de que lo matarán a uno y que pasen diez años sin que a uno lo maten” (pág. 97).

Otro tema, ante todo en *La mala hora*, es el de la moral como herramienta de poder. En *El coronel no tiene quien le escriba* lo que se observa es principalmente una violencia tácita, a través de la negación de derechos de un estado de excepción que se convierte en norma.

Tanto en *La mala hora*, como en *El coronel no tiene quien le escriba* hay, además, elementos que apuntan al poder de la palabra, como los pasquines en la primera de las dos novelas que difunden informaciones sobre la vida privada de gente importante y que hacen temer a estos, más que lo que se ha divulgado, lo que puede llegar a ser divulgado. Más tarde, esos pasquines se convierten en volantes que llaman a la rebelión en contra de las autoridades del pueblo. La palabra es parte de la confrontación y, al igual que Rivera, García Márquez es plenamente consciente de ello y reflexiona sobre el tema en sus obras.

Los últimos dos capítulos del libro están dedicados a relatos testimoniales sobre la violencia y a una serie de novelas sobre las violencias recientes. Prescindiré aquí de entrar en detalle en el capítulo sobre relatos testimoniales, pese a que tiene cierta importancia dentro del esfuerzo de Rueda por no limitarse a entender la literatura de la violencia sin interesarse por la

violencia misma. En dichos relatos, esa violencia está ahí, y su presencia ayuda para recordarnos que estamos ante algo más que un tema literario.

No obstante, el tema de Rueda es, ante todo, las relaciones entre la violencia y su relato o, si se quiere, sus relatos. En las últimas novelas que aborda —*La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo y *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco—, se mezclan diversos tipos de violencia —desde la evidente del sicariato, hasta la sutil violencia de las convenciones sociales— y se observa, además, cierta seducción que ejercen las historias y los personajes de la violencia sobre personajes letrados.

Se trata de novelas que apuntan a un mercado internacional y que responden a sus exigencias, lo que hace que los escritores que tematizan las violencias recientes estén otra vez ante el problema de Rivera de tener que contar la violencia de forma literaria sin convertirla en un mito lejano a la realidad.

Hacerle justicia al libro reseñado es muy difícil por los muchos horizontes que abre. Cada capítulo responde a las exigencias de la crítica literaria académica en cuanto a confrontación y revisión de la bibliografía existente, pero tiende a ir más allá, no solo en lo relacionado con la interpretación de los textos que aborda sino, ante todo, en lo relativo al problema que sirve de hilo conductor a su libro.

El peligro está en que el lector se quede en una simple lectura filológica y no alcance a divisar que el tema de la autora no solo es el análisis de

textos concretos, sino también y, principalmente, la pregunta por caminos para contar e interpretar la violencia e incluso la búsqueda de caminos para superarla, empezando por la reflexión ética.

Entrando en este punto, creo advertir una diferencia entre la visión de Rueda y la mía propia. Ella apuesta, ante todo, a entender la violencia a partir de las circunstancias específicas que la hacen posible. Yo, por mi parte, creo que eso es indispensable pero que también hay que tener en cuenta una base más honda de todo tipo de violencia. Vuelvo a la idea de Jürgen Wertheimer que mencioné al comienzo de la reseña: la violencia es una constante del comportamiento humano en toda la historia, aunque con el tiempo muchas sociedades hayan logrado domesticarla.

En un libro reciente, el psiquiatra alemán Borwin Bandelow sostiene que muchos casos criminales en numerosas partes del mundo apuntan a que parte de nuestro cerebro no ha dado el salto a la civilización. Sin duda, son circunstancias específicas las que hacen que esa parte del cerebro se desate y en ocasiones eso puede llevar a una orgía de violencia colectiva. Acaso sea posible soñar un mundo en que esa parte del cerebro haya dado el salto definitivo a la civilización. Sin duda, el cambio de determinadas condiciones sociales contribuye a alcanzar esa utopía. Pero la superación de la violencia implica consideraciones que van más allá del mero análisis económico y de lo que podía llamarse la ingeniería social.

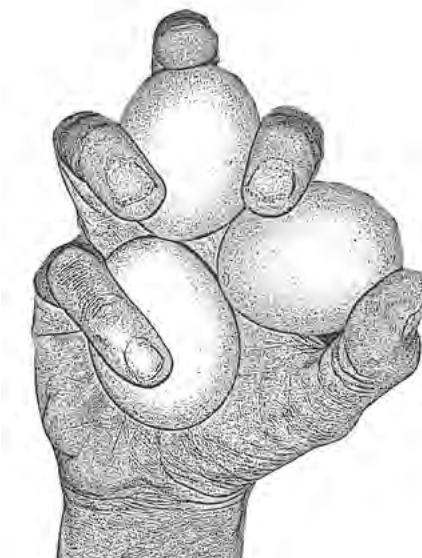
Rodrigo Zuleta

## Enredo sin sentido

### *Que no me miren*

RICARDO SILVA ROMERO (textos)  
DANIEL GÓMEZ HENAO Y  
CLARA GÓMEZ VIEIRA (ilustradores)  
Tragaluz Editores, Medellín, 2011,  
54 págs., il.

DESCRIPCIÓN: plaquette de 13,3 x 9,5 cm, 120 g. Edición de lujo. Pasta dura. Ilustraciones a color. Propósito: enseñar a leer y escribir a niños de



cinco años. “Mi primer día de colegio”, dice el chico. No escuela. Por tanto, no popular.

Hasta mediados del siglo XX no se admitía en el inicio de la enseñanza primaria a menores de siete años, con el argumento de respetar a los niños, que son tan efímeros, según Pierre–Sebastien Heudaux. Para la fecha de esta nota la precocidad es obligatoria en el negocio de los pre-escolares.

Se trata de uno de esos libritos bonitos que suelen utilizarse para regalo, escrito en párrafos alfabéticos de la A a la Z, siendo el aspecto su principal atractivo, no el contenido. El título carece de relación con el texto, presentado como relato, no sin forzar el significado del género.

En ese primer día, la primera lección consiste en infundirle al futuro ciudadano la idea de culpabilidad: “Por mi culpa”. Podría agregarse, como en el rezo: “Por mi gravísima culpa”.



La segunda enseñanza es la mentira: “Le juro que no digo mentiras”.

La tercera es la compasión, al estilo de su profesora: “Siéntate en la mesita de la esquina con esos tres niños contrahechos con ojos de huérfanos que no han dejado de llorar desde hace media hora”.

La cuarta es la idea de un Dios con todas sus derivaciones religiosas de temor y obediencia, que tardará muchos años en superar, si es que lo consigue.

La quinta es la ironía hiriente, poco didáctica: “Tú, allá en la esquina de los más llorones, para comenzar a

aprender el alfabeto, pero seguro que llegas tarde porque te lo sabes de memoria”.

La sexta, peor que las anteriores: “¿No le dijo su hermano que al colegio no se viene sin un apellido?”. Faltó la palabra *ilustre*. Un ilustre apellido. (No en el sentido antiguo, sino en el actual).

La séptima, jurar en vano: “Un niño del edificio me dijo que cuando uno quiere decir algo en serio se dice *Juro*”.

La octava, escribir con K quiosco y quepis.

La novena, de autoestima: “Yo siempre voy a ser la persona más tímida del mundo”.

La décima, el contrasentido intencionado: “El día en que mi hermano mudo me dijo”. “X es el lugar donde comienza todo”.

Letra a letra va enseñando el abecedario, con exclusión de las dobles (ll y rr) y de la Ñ ñ, tan característica del idioma, así como de los sonidos variables de c, g, y.

En cuanto a la didáctica, recuerda unos carteles que el Ministerio de Educación hizo colocar profusamente en todos los pueblos y aldeas durante una campaña de alfabetización en el siglo pasado: “APRENDA USTED A LEER”. Idea repetida en mensajes recientes de última tecnología para niños entre tres y seis años: “APRENDE A LEER CON PIPO”.

Sin duda que don Evangelista Quintana sabía mucho mejor cómo enseñar a escribir y leer a los niños: letra grande, amplio espaciado, edición en rústica, textos apropiados para la edad, ilustraciones sencillas pero elocuentes.

La obrita es un enredo sin sentido: monólogo del niño en lenguaje y escritura impropios de su edad. Regaña la profesora. Interviene el autor por derecho propio. Un retroceso en la enseñanza de las primeras letras. Nada de interés para niños:

A a de Ay.

B b de Buenos días.

E e de Érase.

G g de Gregorio, Graciela.

H h es de Hermano mayor, Horacio, que nunca me ha cuidado pero un día de viejitos va a cuidarme: mi hermano, Horacio, que se volvió mudo el primer día de clase solo para llevarle

la contraria a esta profesora con cara de Helga.

L l es de Lunes: por fin entiendo por qué los viejos del edificio se quejan en el ascensor, allá arriba con sus gafas y sus corbatas, de todos los lunes; creo que acabo de ser grande. (Párrafo de sentido oculto. ¿Se expresa así un niño de cinco años?)

S s es de Salida: la profesora abre la puerta con sus alas de cuervo y se va del salón, se va, y se pierde entre las ramas del árbol gigante con forma de Y junto a las escaleritas de bajada.

Z z es de mi apellido, Zea, profesora con cara de Zulma, por si nos vemos mañana; mientras tanto, mientras yo vuelvo los ojos a mi casa y usted se regaña en su espejo. (¿Se expresa así un niño de cinco años? ¿Emplea esa puntuación?)

Este comentarista ha enseñado a leer muy fácilmente a niños y adultos con la única técnica del afecto. No con textos bobos, desestimulantes. Con el *Quijote*. Con la *Divina Comedia*. A los niños les encanta ver a toda esa gente en el infierno.

“Todos nuestros jóvenes estudiantes –se lee en el *Satiricón*– se vuelven tontísimos en la escuela, porque de todo lo que ven y oyen en ella nada les ofrece una imagen real de la vida”.

Los curiosos, relacionados con el tema, encontrarían de algún interés la transcripción completa del librito, que holgadamente cabe en la reseña, pero ello queda prohibido en la página legal. No para proteger de la piratería algo que nada vale desde el punto de vista didáctico y literario, sino para resguardar de la demostración crítica al autor.

Como conclusión, cabe recordar a Gilberto Freyre en *Interpretación del Brasil*: “Algunos de los que estudian las culturas modernas tienen cierta tendencia a exagerar la importancia de la capacidad para leer y escribir. La lectura y la escritura son medios de comunicación muy útiles para las civilizaciones industriales y para las formas puramente políticas de organización democrática. Y como tales, están al parecer siendo sustituidas por el teléfono, la radio, la televisión. Países como China, India, México y Brasil no tendrán, probablemente, la misma necesidad de saber leer y escribir como medio de modernizarse

que tuvieron las vastas masas durante el siglo XIX y la Rusia Soviética a comienzos del XX”.

Jaime Jaramillo Escobar

## Un trabajo filológico de gran valor

*Fundamentos estéticos de la crítica literaria en Colombia. Finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX*

SOFÍA S. ARANGO RESTREPO Y CARLOS A. FERNÁNDEZ URIBE  
Universidad de Antioquia, Medellín,  
2011, 332 págs.

LA RECONSTRUCCIÓN de la historia crítica literaria en Colombia ha tenido un encomiable apogeo en los últimos veinte años. De diversas universidades, nacionales y fuera del país, se ha emprendido una búsqueda de la comprensión del fenómeno crítico que ha dejado un saldo de excelentes materiales de trabajo, necesarios para iniciar un trabajo filológico riguroso.



Este libro que reseñaremos aporta nuevos elementos de un periodo que si bien era rico en producción creativa (el costumbrismo, José Asunción Silva, Tomás Carrasquilla, Rafael Pombo), no había tenido un análisis suficiente desde el punto de vista crítico. Nos referimos al periodo 1886-1910, etapa de la historia nacional prototípica si la hay, y en la que se fundaron muchos de los credos y frustraciones que se extienden hasta hoy. Todo ello con el telón de fondo de figuras políticas que solo podemos calificar de excéntricas

como la del lingüista Miguel Antonio Caro, el letrista del himno nacional Rafael Núñez, el poeta Marroquín o el comerciante Rafael Reyes.

Es la Colombia que se cierra a la modernidad, dividida entre facciones históricas cuyas inquinas fueron capaces de ocasionar una guerra absolutamente irracional e inútil como la de los Mil Días; periodo en que el sistema económico y las ideas nuevas fueron señaladas (el fétido patrimonio conservador irá hasta 1930), país mezcla de convento y hacienda encomendera, con una élite reaccionaria que solo miraba su propio bienestar<sup>1</sup>.

La base del trabajo de los profesores Arango y Fernández, de la Universidad de Antioquia, es la consulta de revistas que se publicaron durante esos veinticuatro años<sup>2</sup>. Revisadas las fuentes primarias que citan al final de la primera parte, se puede apreciar que leyeron centenares de páginas de dieciséis revistas, y treinta y seis periódicos, una labor que sin duda alguna merece aplauso.

En síntesis el objetivo general del trabajo ha sido recoger, seleccionar y ordenar los textos de crítica literaria, nacional y extranjera, aparecidos en las publicaciones periódicas a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en Bogotá y Medellín, junto a algunos casos de otras ciudades del país, y analizar las posiciones estéticas dominantes en ellos. [pág. 14]

Lo primero que advierten en la Introducción (pág. 12) es que los fundamentos de crítica literaria que recogen en el libro se basan en la idea de *juicio estético* de Kant (pág. 12). Identifican que los críticos literarios colombianos de final de siglo centraron sus juicios estéticos alrededor de la pregunta: “¿Cómo logramos alcanzar una literatura nacional, autóctona?”. Resumidos los debates, que luego comentaremos brevemente, se formaron dos partidos: los defensores del realismo y los del simbolismo.

1. Dos trabajos críticos, ineludibles para entender este periodo, son de colombianistas estadounidenses: *El ideal de lo práctico*, de Frank Safford (1989) y *Colombia. Una nación a pesar de sí misma*, de David Bushnell (1996).  
2. Entre ellas se destacan *Alpha* y *La Voz de Antioquia* en Medellín; *Gris*, *El Orden y Trofeos* en Bogotá.

Los autores, coherentes para organizar semejante cantidad de información y desarrollar la investigación, operan creando cuatro categorías de análisis que se atienen a valorar sendos tipos de juicio estético:

- Las ideas clásicas y académicas, que para la época tenían su asidero latinoamericano en Andrés Bello y en Colombia con Miguel Antonio Caro.
- La influencia del positivismo francés (Taine) y del inglés (Spencer).
- El pensamiento realista-naturalista, que provenía en parte de Flaubert y se consolidaba en las ideas de Zola.
- Los tópicos de un arte libre provenientes de los simbolistas y decadentistas.

La clasificación de las fuentes primarias en estas categorías, les permite diferenciar los puntos de vista de los críticos literarios. Inmediatamente saltan a la vista los tópicos en choque. Un Sanín Cano que divulga a Taine, mientras que Tomás Carrasquilla defiende el realismo. A su vez, Antonio Gómez Restrepo reclama la vuelta a Grecia y José Asunción Silva lanza al aire sus bocanadas decadentistas.

En varios de los críticos (sobre todo los más conservadores de la línea carista), se nota marcada la idea de un “deber ser” estético que los escritores estaban obligados a observar antes de escribir una línea. Es una prescripción extremista o una muestra de *fundamentalismo crítico*, forzosamente xenófobo: si eres esto, no puedes ser aquello. El balazo de Silva en su corazón y la huida de Sanín Cano a Inglaterra dan idea de lo insostenible que debería ser aquel entorno.

Si bien Arango y Fernández señalan que los críticos literarios de la época estaban muy bien informados de los movimientos estéticos y culturales de Europa (pág. 86), mi impresión es que no. O al menos no de un modo cosmopolita y abierto, como lo ha señalado Rafael Gutiérrez Girardot<sup>3</sup>. La Gruta Simbólica como modelo de bohemia secular, no deja de ser caricaturesca y visiblemente provinciana.

3. Rafael Gutiérrez Girardot, “La literatura colombiana del siglo XX”, en *Manual de historia de Colombia*, t. 3, Bogotá, Procultura, 1984, pág. 456.